

001, de Mayte del Valle García (3º ESO)

Mi nombre es Cero Cero Uno. Al menos eso dicen que pone detrás de mi oreja, aunque todos optaron por llamarme Uno. Cuando oigáis que olvidaba y recordaba cosas como mi nacimiento, diréis: “Wow, Uno, yo también quiero”. No, en serio, no deseéis tal cosa a menos que queráis confundir la realidad con la ficción de la imaginación, olvidar el nombre de vuestros propios padres o incluso recordar traumas que creáis haber superado. Nací con el cerebro hiper-desarrollado y, aunque creo no haber dado problemas, mis padres me abandonaron a mi suerte con ocho años. Puede que mi condición no se manifieste siempre, pero todas las noches las pesadillas recurren a mí, haciendo de mis veladas un infierno con los recuerdos más duros de mi infancia. Yo soy el primer humano con esta condición y esta es una parte de mi historia.

14/08/1912

Han pasado veintidós días desde que me dejaron aquí. Empiezo a conocer las calles de mi alrededor, así como a las personas que normalmente las transitan. No hay nada que hacer, el frío cala hasta los huesos y las gotas de lluvia traspasan rápidamente los trapos que llevo como vestimenta obviando la presencia de las telas. No me dejaron nada, por lo que, en contra de mi moral, me vi obligado a robar. Este paquete de pergaminos, una pluma, tinta y algunas illeas de cobre y plata es lo poco que he podido conseguir. Tal vez en otra ciudad la suerte se ponga de mi lado.

28/08/1912

Quién habría dicho lo útiles que habían de llegar a ser tres de las siete illeas de plata. Con ellas he podido pagar para unirme a una caravana que se dirige al suroeste. ¿Qué hay allí? Lo desconozco, pero cualquier cosa es mejor que vivir mendigando en las calles de esta horrible ciudad. En la caravana todos son agradables, como una gran familia. En un futuro puede que yo tenga una familia tan unida como esta, aunque se me antoja muy lejano.

01/09/1912

Ardía. Todo en mí ardía, mis pulmones, mi nariz, mi cuerpo... Abrí los ojos lentamente, demasiada claridad para ser media noche. Fuego. Las llamas decidieron devorarlo todo. Los caballos huyeron despavoridos tratando de escapar del monstruo que se hizo con las almas de sus dueños. Casi nada podía rescatarse, por lo que hui con lo puesto; recogí algunas de las monedas que yacían desparramadas por el suelo y un cuchillo que aguardaba, clavado en la corteza de un roble, a ser usado. Oscuridad es lo único que me rodeaba y, como acompañantes, los animales que permanecen al acecho en busca de alimento.

¿?/¿?/1912

He perdido la cuenta de los días. La soledad ha afectado a mi cordura y tal vez no tarde mucho en enloquecer. En medio de las montañas todo es verde, y no había rastro de civilización hasta que encontré una punta de flecha y algunas ramas rotas. ¿Un animal que lanza flechas? No lo creo, así que caminé durante días, o puede que meses, hasta que perdí la esperanza. Subsistí a base de raíces y algunos animalejos. Los cortes y cicatrices marcan mi cuerpo, han pasado a ser parte de mí. Pero, cuando menos lo esperaba, divisé una tenue luz a lo lejos. Quizás el tiempo me ha pasado factura, pero no por ello voy a darme por vencido.

14/12/1912

Parece que mi cabeza se mantuvo en la cordura. Acabé en un pequeño pueblo, aunque más bien parece una academia. ¿En medio de la nada? ¿Y mis dudas no pueden ser resueltas por un nativo? Al parecer, no, nadie habla ni expresa emoción alguna, lo único que conseguí averiguar fue el día en el que vivo. Todo es muy extraño.

22/12/1912

Por lo que he averiguado, este pueblo son los Pinterios y el único con derecho a hablar es el más anciano de ellos, así que decidí hacerle una visita. Me contó su historia: descendientes de un antiguo pueblo guerrero que se vio obligado a ocultarse de la guerra, fueron perfeccionando sus técnicas de lucha en la tranquilidad y seguridad de las montañas. Así entrenaron a héroes de guerra y a los famosos protagonistas de las historias de las tabernas. Tras toda una tarde de charla, me ofrecieron sus enseñanzas a cambio de mi silencio; tal y como me lo propusieron, acepté.

19/11/1935

Siento como si hubiese olvidado estos papeles después de tanto tiempo, aunque la espera mereció la pena. Después de un duro trabajo finalicé mi adiestramiento. Ha sido difícil y largo pero nada ha sido en vano. Me desplazo acompañando al aire y mis movimientos fluyen como las aguas de los ríos.

Un grupo acabó su instrucción conmigo y, a pesar de la falta de comunicación, nos agradamos mutuamente y acabamos acompañándonos unos a otros durante los ratos libres. Nunca creí que encontraría amistades tan fuertes después de que mis padres renunciaran a estar conmigo.

Actualidad

Han pasado ya tres años desde que acabé con todos los manuscritos que usaba como diario. Desde que llegué ha habido una gran variedad de cambios, como la aceptación del habla, aunque algunos se muestran reacios a pronunciar palabra alguna.

Hoy es el gran día y, tras una larga meditación, he decidido marcharme, aunque no sin antes demostrar mi lealtad pasando por el Portfle. Por ello, aquí estoy junto a Aaron, el nuevo jefe de los Pinterios, un hombre fornido de pelo moreno y rizado, ojos grises y penetrantes y piel blanca como la leche. Él es lo más parecido a un padre que he tenido en mi vida.

—Muy bien, chico, —me puso una mano en el hombro dándome ánimos— hace generaciones que nadie nos deja tan abruptamente como tú. Tienes absolutamente prohibida la divulgación de cualquiera de los conocimientos que adquiriste aquí — parece nervioso—. Y... hijo, ten cuidado.

—Tranqu...

—¡Uno! —se acerca Sam corriendo y gritando mi nombre; es rubia y con unos ojos tan verdes como las hojas, pero su forma de ser deja mucho que desear—. ¡Vamos, no tengo todo el día!

Agarrándome del brazo me arrastra campo a través hasta tirarme a la orilla del Lago. Es bastante grande a decir verdad, el agua algo turbia y con una pequeña isla a lo lejos. Todo está rodeado de gente, parece que nunca vieron nada parecido y resulta

que mi marcha es un evento importante. Las personas me miran fijamente, murmurando entre ellos o pronunciando algunas palabras de ánimo.

—A ver —comienza Sam—, es muy fácil: cruzas el lago y tomas uno de los objetos de la islita para regresar con él. Pero, cuidado, hay remolinos y las algas son afiladas como cuchillos; no queremos que te hagas daño —suelta una risita que no la hace sonar nada realista—. Lo que traigas de vuelta concederá o denegará tu petición de libertad.

Le sonrío ladinamente y asiento tranquilamente recibiendo una mirada llena de veneno como regalo. Me quito la túnica quedando únicamente en ropa interior. Meto un pie en el agua. Está condenadamente helada, pero sigo introduciéndome hasta que no toco fondo, y empiezo a nadar como si de una piscina se tratase.

Nada. Nada tomé de la isla. Y vuelvo con las manos vacías.

—¿No traes nada? —cuestiona Sam con su insoportable voz—. ¿Es que tu ridículo cerebro no ha sido capaz de retener una tarea tan sencilla?

—Nada de lo que había allí me agradaba —introduzco mi mano en el agua y desgarré mis músculos con una de las algas—. La espada, por ejemplo, podría interpretarse como que mataría con las técnicas que aprendí aquí. Así pues, derramo mi sangre sobre este suelo —anuncié apretando el puño— jurando lealtad, silencio y mi vida para protegeros.

Y, tras un leve asentimiento por parte de Aaron, la amistad de las personas que fui conociendo por el camino y los increíbles recuerdos de esta aventura, emprendo mi camino hacia una nueva aventura con los mismos objetos que comencé este capítulo de mi vida: pergaminos, una pluma, tinta y algunas illeas.